



10
D

T 123245 C. 1225291

DEVOCION

DE

LOS SIETE DOMINGOS

DE

SAN JOSÉ

VAN AL FIN EN HONOR SUYO
ORACIONES PARA OIR LA SANTA MISA
Y EL TRÍDUO

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

VALLADOLID:

Imp. y Lib. Católica de José Manuel de la Cuesta,
Cantarranas núms. 38 y 40.

1897



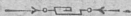
SAN JOSÉ

¡ROGAD POR NOSOTROS!





INTRODUCCION



La devocion á San José sigue los progresos de la devocion á la Santísima Virgen. Los fieles hijos de María han comprendido que nada podrían hacer más agradable á su divina Madre como honrar con un culto especial á su angélico Esposo.

«María, dice el docto y virtuoso P. Fáber, debe ser el primer objeto de nuestra devocion; S. José el segundo». Puede afirmarse que las prácticas en honor de este glorioso Patriarca, modelo y protector de las almas interiores, están basadas en las costumbres y en los usos de una verdadera piedad.

Tanto en las alegrías que la divina Providencia nos concede, como en las pruebas á que nos somete, conocemos á nuestros verdaderos amigos, á los que se interesan realmente en lo

que nos concierne. He aquí por qué la Santa Iglesia nos recuerda tan á menudo los misterios gozosos y dolorosos de Jesus, de María y de José. En efecto, cuando se ama de veras á alguno, se toma una parte igual en todo lo que puede alegrarle ó afligirle. Por esta razon, los fieles servidores de San José han adoptado con satisfaccion la piadosa y devota práctica llamada la *Devocion de los Siete Domingos*.

Los soberanos Pontífices que han ocupado tan

gloriosamente la Cátedra de San Pedro en estos últimos tiempos han enriquecido de preciosas indulgencias esta tierna devoción, á fin de estimular á todos los fieles á practicarla. Se ganan 300 dias de indulgencia cada vez, en virtud de una concesion de Su Santidad Gregorio XVI, de fecha 22 de Enero de 1836, rezando durante siete domingos consecutivos en el trascurso del año, á eleccion de los fieles, *Los siete gozos y los siete dolores de San José*, y el séptimo

domingo una indulgencia plenaria.

El Santo Pontífice Pío IX, deseando, en su amor tan tierno y tan ardiente por María, extender en todas partes la devoción á su casto Esposo, á las indulgencias ya concedidas á la devoción de *Los Siete Domingos*, añadió en 1.^o de Febrero de 1847 una indulgencia plenaria en cada domingo, aplicable á las almas del Purgatorio, y en 22 de Marzo del mismo año hizo extensivas estas indulgencias á todos los que no

sabiendo leer, ó no teniendo la deprecacion sobredicha, rezasen en esos mismos domingos siete *Padre nuestros*, con *Ave María* y *Gloria Patri*, añadiendo á ellos las condiciones acostumbradas para ganar la indulgencia plenaria, esto es, la confesion, la comunión, y orar un rato por las necesidades de la Santa Iglesia.

Los verdaderos devotos de San José han respondido diligentemente á esta piadosa invitacion del Vicario de Jesucristo. Las gracias preciosas obtenidas, los milagros

obrados por el Señor en favor de los que han practicado esta devocion con piedad, han sido un poderoso estímulo para aumentar la devocion á San José. A fin, pues, de ayudar, en cuanto lo permitan nuestras fuerzas, á las almas devotas á practicar cumplidamente estos santos ejercicios, les ofrecemos una meditacion para cada uno de los siete domingos, y así, dirigiéndose á San José con más amor y fervor, alcancen de Dios, por intercesion del glorioso Patriarca, cuanto pidan para

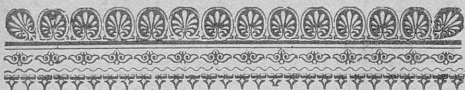
ellas mismas y para todos aquellos que le son caros en este y en el otro mundo.

Despues de cada una de las siete meditaciones debe decirse ó rezarse el ejercicio de los siete Dolores y Gozos de San José, por ser condicion precisa para ganar las indulgencias. Debe practicarse esta devocion durante siete domingos consecutivos; si hubiese interrupcion, aunque involuntaria, es preciso empezar de nuevo.

Aun cuando no se haya fijado época alguna para

ganar las indulgencias plenarias que van unidas á esta santa práctica, creemos, sin embargo, que podrían elegirse con preferencia los domingos que preceden á las fiestas de San José, ó bien algunas circunstancias particulares, en las cuales se tiene necesidad de gracias más abundantes; como, por ejemplo, para conocer cada uno su vocacion, ó para conseguir la conversion de un pecador, ó el buen éxito de un negocio, ó asunto que interesa á la gloria de Dios.

Será muy provechoso ofrecer todos los años á San José este tributo de amor y de reconocimiento por todos los bienes que nos ha alcanzado su inefable caridad, lo que, por otra parte, se convertirá en un excelente modo de obtener de él nuevos favores.



ORACIONES

EN HONOR DE

LOS SIETE DOLORES Y DE LOS SIETE GOZOS

DE

SAN JOSÉ

QUE DEBEN REZARSE CADA DOMINGO



1.^a

Oh castísimo Esposo de
María, glorioso San José:
tanto como fueron terribles
los dolores y las angustias
de vuestro corazon cuando
creisteis deber separaros de
vuestra Inmaculada Esposa,
tanto fué el gozo vivo que
experimentasteis cuando el

Angel os reveló el misterio de la Encarnacion.

Os suplicamos, por ese dolor y este gozo, que os dignéis consolar nuestras almas ahora y en nuestros postreros momentos, alcanzándonos la gracia de llevar una vida santa y tener una muerte semejante á la vuestra, entre los brazos de Jesus, y de María.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

2.^a

Oh dichosísimo Patriarca, glorioso San José, que

habéis sido elevado á la eminente dignidad de padre nutricio del Verbo hecho carne: el dolor que sentisteis al ver nacer al Niño Jesus en tanta pobreza, se os trocó bien pronto en un gozo celestial cuando oisteis los armoniosos conciertos de los ángeles, y fuisteis testigo de los gloriosos acontecimientos de aquella memorable y resplandeciente noche.

Os suplicamos por este dolor y este gozo que nos alcanceis, despues de llegados al término de esta vida,

la gracia de ser admitidos á oír los santos cánticos de los ángeles y gozar del resplandor de la gloria celestial.

Padre nuestro, etc.

3.^a

Oh modelo perfecto de sumision á las leyes divinas, glorioso San José: la vista de la sangre preciosa que el Redentor Niño derramó en su circuncision traspasó vuestro corazon de dolor; pero la imposicion del nombre de Jesus le reanimó, llenándoos de consuelo.

Alcanzadnos por este dolor y este gozo que, despues de haber extirpado todos nuestros vicios durante la vida, podamos morir con gozo y alegría, invocando de corazon y de boca el santísimo nombre de Jesus.

Padre nuestro, etc.

4^a

Oh Santo fidelísimo, á quien fueron comunicados los misterios de nuestra redencion, glorioso San José: si la profecía de Simeon os causó un dolor mortal, haciendoos saber lo que Je-

sus y María debían sufrir, os llenó al mismo tiempo de una satisfaccion al anunciaros que sus padecimientos serían seguidos de la salvacion de una multitud innumerable de almas que resucitarían á la vida.

Pedid por nosotros, en memoria de este dolor y de este gozo, para que seamos del número de aquellos que por los méritos de Jesucristo y la intercesion de la Virgen María, resucitarán para la gloria.

Padre nuestro, etc.

5.^a

Oh vigilantísimo guardián del hijo de Dios hecho hombre, generoso San José: ¡cuánto habéis sufrido por servir al Hijo del Altísimo y proveer á su subsistencia, particularmente durante la huida á Egipto! Pero también ¡cuánto debisteis gozar en tener siempre á vuestro lado al Hijo de Dios, y en ver caer á su llegada los ídolos de los egipcios!

Alcanzadnos por este dolor y este gozo que, teniendo siempre al tirano infernal

alejado de nosotros, sobre todo con la pronta huida de las ocasiones peligrosas, merezcamos que caigan de nuestros corazones todos los ídolos de las afecciones terrenas, y que, enteramente consagrados al servicio de Jesus y de María, no vivamos sino para ellos, y les ofrezcamos con gozo nuestro último suspiro.

Padre nuestro, etc.

6.^a

Oh ángel de la tierra, glorioso San José que visteis con admiracion al Rey

del cielo sometido á vuestras órdenes: si el consuelo que experimentasteis al conducir de Egipto á vuestro querido Jesus fué turbado por el temor de Arquelao, á su vez, tranquilizado por el ángel, permanecisteis gozoso en Nazareth con Jesus y María.

Obtenednos por este dolor y este gozo que, libres de todos los temores que puedan sernos nocivos, gocemos de la paz de una buena conciencia, vivamos tranquilos en union con Jesus y María, y en sus manos

entreguemos nuestra alma
en el momento de la muerte.

Padre nuestro, etc.

7.^a

Oh modelo de santidad,
glorioso San José, que ha-
biendo perdido al Niño Je-
sus, sin que hubiese culpa
por parte de vos, le buscas-
teis durante tres días con
inmenso dolor, hasta el mo-
mento en que experimentas-
teis un gozo indecible, el
más grande de vuestra vida,
al encontrarle en el templo
en medio de los doctores.

Os suplicamos desde lo
íntimo de nuestro corazon,

por este dolor y este gozo, que os digneis emplear vuestro valimiento cerca de Dios, á fin de que nunca nos suceda perder á Jesus por el pecado mortal; y si desgraciadamente nos acaeciera este grande infortunio, haced que le busquemos de nuevo con el más profundo dolor, hasta que le encontremos favorable, sobre todo en el momento de la muerte, para poder luego gozar de El en el cielo, y bendecir con vos sus infinitas misericordias durante toda la eternidad,

Padre nuestro, etc.

Antífona. Jesus contaba ya la edad de treinta años cuando aún era tenido por el hijo de José.

℣. Rogad por nosotros, San José.

℞. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACION

¡Oh Dios que por una providencia inefable os dignasteis escoger al bienaventurado José para ser el esposo de vuestra Santísima Madre, Os suplicamos fervorosamente nos concedáis

la gracia de que, venerán-
dole en la tierra como á
nuestro protector, merezca-
mos tenerle por intercesor
en los cielos. Vos, que, sien-
do Dios, vivís y reináis
por los siglos de los siglos
Amén.



MEDITACIONES
PARA LOS SIETE DOMINGOS

PRIMER DOMINGO

Consagrado á honrar los dolores
y los gozos de S. José con motivo de
la maternidad de María.

*La santa comunión de este
dia se ofrecerá para dar gracias
á S. José por los servicios que
prestó á Jesus y á María; la in-
dulgencia plenaria se aplicará
por las almas del Purgatorio
que más amaron á este glorioso
Patriarca.*

*Dígase el Acto de Contri-
ción, inserto al final del Ejer-
cicio de la Santa Misa.*

PUNTO 1.^o María y José,
fieles á su voto de virginidad,

vivían como espíritus angélicos en su humilde morada de Nazareth. Sin embargo, Dios había operado en la augusta Vírgen la grande obra de su poder y de su amor. El Espíritu Santo había descendido á ella, y el Hijo del Altísimo se había encarnado en sus virginales entrañas. José ignoraba este misterio. ¿Cuál debió ser su asombro viendo á su esposa inmaculada hacerse madre por un fenómeno que él no podía explicarse?

El cielo le preserva, no obstante, de que forme la

más leve sospecha sobre la fidelidad de la Reina de los corazones puros. José, como lo afirma San Agustín, había directamente recibido á María á su salida del templo y la había conducido de la casa de Dios á su propia morada; José, según la expresión de San Pedro Crisólogo, era el testigo de su inocencia, el guardian de su pudor y el apologista de su virginidad. José, aunque veía que María iba á ser madre, observaba al mismo tiempo que ella conservaba radiante el destello de la santa

virginidad, y que el fruto que llevaba en su seno no había alterado en manera alguna su angelical pudor.

Testigo de la pureza de los pensamientos de María, de la santidad de sus afec-ciones, del recato de sus mo-dales, leía en sus miradas la prueba de su inocencia. Por esto, según la opinion de San Juan Crisóstomo, José no se fijó en las apariencias; prefirió presumir en María un milagro de la gracia á creer en una debilidad de la naturaleza por parte de una criatura más que angelical.

Además, José era muy versado en las Santas Escrituras, las que meditaba continuamente; no podía, pues, ignorar que el Mesías debía nacer de una vírgen y que había llegado el tiempo en que este misterio iba á cumplirse; y como era testigo de la santidad de María, creyó fácilmente que ella sola podía ser la madre del libertador prometido, en atención á ser la más inmaculada y la más santa de las vírgenes.

¿Quién soy yo, se decía á sí mismo, segun el sentir

de un gran número de Padres de la Iglesia, quién soy yo para osar retener cerca de mí como esposa mía, la Madre de mi Dios? ¡Cuán lejos estoy de ser bastante puro para vivir con tan noble criatura! ¡Ay de mí! Si Oza cayo herido de muerte por haber llevado con demasiada ligereza la mano sobre el arca material del Viejo testamento, qué me sucedería á mí si una sola vez yo faltase á la veneracion debida á este arca viva de la nueva alianza, donde está encerrado el verdadero

maná del cielo, y que contiene, no solamente la ley, sino el mismo divino Legislador? Tales eran los sentimientos que llenaban el corazón del humilde José contemplando á María.

PUNTO 2.^o En tanto que José es presa de estas ansiedades, el Señor le envía un ángel para tranquilizarle. Las palabras que le dirige demuestran claramente que la humildad, la desconfianza de sí mismo, el *temor reverencial*, que es como el pudor del alma, han motivado esta resolución de este

Santo Patriarca. En efecto; el ángel Gabriel no le acusa, no le reprende; al contrario, le tranquiliza y le anima. No temáis, José, le dice: *noli timere*. Palabras llenas de dulzura, que son como una firmeza dada á la virtud medrosa y timorata. Son las mismas palabras que el arcángel había dirigido á María para librarla de la turbacion en que la sumió el anuncio de que iba á ser Madre de Dios aunque hubiese consagrado su virginidad al Señor. *Ne timeas, María*. Así, la misma frase

que sirve para tranquilizar y dar ánimo á María, cuyo pudor virginal y tímido había experimentado una turbacion grande, sirve tambien para calmar y confortar la humildad timorata de José.

Pero al decirle que no tema, el ángel se sirve de esta fórmula: José, hijo de David: *José fili David, noli timere*. Estas bellas palabras están llenas de misterios, dice San Juan Crisóstomo. Gabriel le llama por su nombre para inspirarle confianza, recordándole en su origen la promesa que Dios

había hecho á David, *que el Mesías nacería de su raza*; misterio inefable que se cumplía en aquel momento en María, descendiente, como él, de la tribu de David; San Fulgencio traduce así las palabras del ángel: José, María es vuestra legítima esposa, y el Espíritu Santo es quien nos ha hecho don de ella, quien ha obrado en su seno el misterio que os llena de temor santo. Pero este Espíritu de amor no quiere romper el casto matrimonio que El mismo ha formado. Aun cuando haya

hecho infinitamente más precioso el tesoro que os ha dado, no quiere por esto privaros de la dicha de poseerle. Dios, haciendo á María su Madre, no pretende que cese de ser vuestra esposa; al contrario, El la confía á vuestra piedad á fin de que protejáis su honor y sustentéis á su divino Hijo.

Las palabras del ángel llenaron el corazon de José de una alegría inefable. Asegurado desde entonces, de manera á no poder ponerlo en duda, de la dignidad incomparable de su santa

esposa, su gozo fué tan grande, su contento tan perfecto, tan completo, que hubiera podido decir á Dios como el Rey Profeta: «Vuestras consolaciones han regocijado mi alma en proporcion de la multitud de mis dolores». De este modo un solo instante bastóle á Dios para apaciguar esta tempestad que agitaba el espíritu de José, y hacer renacer en él la más dulce tranquilidad. Esto sucede siempre en casos análogos, cuando el alma está sometida á la voluntad de Dios como debe

estarlo. Por vuestra bondad, Señor, decía el santo hombre Tobías, la calma sigue de cerca á la tempestad, y despues de la afliccion y las lágrimas derramáis la alegría en los corazones. ¡Qué poderoso motivo de paciencia y de conformidad á la voluntad del Señor!

EJEMPLO

He aquí un hecho referido por autores muy graves y dignos de fé, que prueba cuán agradable es á San José la consideracion de sus principales dolores y gozos,

que es lo que forma la devocion de los *Siete Domingos*, y cuán preciosas gracias procura á los que la practican con piedad:

Dos Padres franciscanos navegaban por las costas de Flandes, quando se levantó una horrorosa tempestad que sumergió el buque con trescientos pasajeros que llevaba. La divina Providencia dispuso que estos dos religiosos se amparasen de una de las tablas del buque, sobre la cual se sostuvieron entre la vida y la muerte durante tres dias, teniendo

siempre el abismo debajo de ellos, que amenazaba tragarlos. Siendo muy devotos de San José, llenos de confianza en su proteccion poderosa, se encomendaron á él como á verdadera tabla de salvacion y como benigna estrella que debía conducirles al puerto. Apenas terminada su plegaria, fueron atendidos: la tempestad cesó, el cielo se puso despejado y sereno, el mar se calmó, y la esperanza volvió a tener cabida en el fondo de sus corazones. Pero lo que colmó su alegría fué el presentársele

un jóven lleno de gracia y majestad, quien, despues de haberles saludado bondadosamente, se ofreció á servirles de piloto, lo que hizo con tanta felicidad, que al cabo de poco saltaron ya en tierra. Allí los dos religiosos se arrojaron á los pies de su libertador, y despues de haberle declarado con afectuosa palabra su eterno agradecimiento, le rogaron encarecidamente se dignase decirles quien era. «Yo soy José, les respondió; si quereis hacer algo que me sea agradable, no dejeis pasar

dia sin rezar devotamente siete veces la oracion dominical y la salutacion angélica en memoria de los siete Dolores con que mi alma fué afligida, y en consideracion á los siete Gozos con que mi corazon fué consolado en grado eminente durante el tiempo que pasé sobre la tierra viviendo con Jesus y María». Dichas estas palabras, desapareció, dejándoles llenos de alegría, y penetrados de un sincero deseo de honrar y servir durante toda la vida á su glorioso Protector. En este

suceso tan conmovedor encontramos poderosísimos motivos para admirar la fidelidad de San José en socorrer prontamente á los que le invocan, y para ensalzar su inefable bondad, que pide tan poco por tan gran beneficio, por un bien tan grande como lo es la conservacion de la vida.

Fieles servidores de San José, que quereis ser agradables á vuestro poderoso Protector y servirle segun sus deseos, ¿no debeis estimar en mucho esta práctica establecida en su honor,

despues que él mismo ha declarado de una manera formal cuán grata le es? Figuraos que os dice como á aquellos pobres religiosos: Yo soy José, en quien debeis poner toda vuestra confianza; tengo el poder y la voluntad de asistiros en todas vuestras necesidades, Jesucristo, mi Hijo, y la bienaventurada Vírgen María, mi esposa, nada me rehusarán de lo que les pida por vosotros; honrad con amor la memoria de mis dolores y de mis gozos, y experimentareis infaliblemente los

saludables efectos de mi ayuda en medio del borrascoso mar del mundo en que vivís, y en el que sois continuamente asaltados por mil tentaciones ó por toda suerte de pruebas.

Piadosos devotos de San José: aceptad esta promesa, y estad seguros que el mejor medio de alcanzar los favores de este gran Santo es, como él mismo lo ha declarado terminantemente, tomar parte en sus dolores y en sus gozos, rezando con esta intencion las oraciones aprobadas y enriquecidas de

indulgencias por los Sumos Pontífices. Los sentimientos que llenarán vuestro corazón meditando estos tiernos misterios, serán uno de los más poderosos testimonios de amor que podéis tributar á San José, y le inclinarán infaliblemente á protegeros durante vuestra vida, y sobre todo en la hora de la muerte.

Ahora se rezarán los siete Dolores y siete Gozos.

SEGUNDO DOMINGO

Consagrado á honrar los dolores
y los gozos de San José en el
Nacimiento del Hijo de Dios
en un establo.

La santa Comunion de este dia se ofrecerá para dar gracias á San José por los favores que nos ha alcanzado con su poderosa intercesion; la indulgencia plenaria se aplicará por las almas del Purgatorio que tuvieron devocion especial á la Santa Familia.

Dígase el acto de contricion, inserto al final del ejercicio de la Santa Misa.

PUNTO 1.º El momento en que la augusta Virgen María va á dar al mundo el Mesías prometido desde tantos siglos, ha llegado. Es en

vano que José pida para su angelical esposa un asilo á los habitantes de Belén; sólo recibe negativas y desdenes. Así es como se cumple á la letra el pasaje del Évangelio: «El Hijo de Dios ha venido en medio de los suyos, y estos se han negado á recibirle». José vese precisado á guarecerse en un establo abandonado; allí es donde quiere nacer el Hijo del Eterno para morar entre los hombres.

¡Qué dolor tan intenso para el corazón de José, viendo al divino Niño asimilado

á los animales, echado como ellos sobre un poco de paja húmeda y fría en la estación más rigurosa del año! ¡Cómo resonaría hasta en lo más íntimo de sus entrañas de padre el primer lamento del Salvador, ocasionado por sus sufrimientos! ¡Cuán dulces y amargas á un mismo tiempo fueron las lágrimas que mezcló á las que el niño Dios derramaba ya por nuestras faltas!

PUNTO 2.^o José, proster-nado, con la frente en el polvo, adora al recién nacido como á su Dios; le

reconoce, á pesar de sus anonadamientos y su debilidad, por el Criador del cielo y de la tierra, por el Salvador y el Redentor del mundo; le ofrece su corazon, sus fuerzas, su vida entera, y le da mil gracias por haberle escogido entre todos para servirle de padre.

Y para colmo de su alegría, María le presenta el divino Niño que Dios confía á su ternura; José le recibe de rodillas, le estrecha con tanto respeto como amor sobre su corazon, le baña de lágrimas le cubre de besos, le

ofrece al Padre Eterno como rescate de su pueblo, esperanza y alegría de Israel, y lo deposita de nuevo en los brazos de su divina Madre, como el único altar bastante puro para recibirle. ¡Oh, cuán feliz se considera el humilde hijo de David, á pesar de su indigencia! ¡Cómo olvida las fatigas y las angustias de la víspera cuando oye á los ángeles celebrar con cánticos armoniosos el nacimiento de aquel que él podía llamar su hijo! Más rico que todos sus antepasados en medio de sus privaciones

posee el más precioso tesoro del cielo: ante su gloria se eclipsa toda la de su regia extirpe. El podía contemplar con sus ojos, estrechar contra su corazón al Emmanuel que David saludaba de lejos en sus proféticos acentos como su Señor y su Dios; iba á pasar su vida con aquel de quien sus antepasados habían deseado con tanto ardor ver la aparicion. ¿Qué gloria no queda eclipsada en presencia de esta gloria? ¿Qué dicha no desaparece ante esta felicidad?

Así es como Dios forma

en el corazon tan puro de José una inefable mezcla de alegría y de pena, de gozo y de dolor; pero el dolor no turba su gozo, y la alegría nada quita á la amargura de su pena, porque la una y la otra proceden de un mismo principio, y el amor que le hace gozar le hace tambien padecer.

EJEMPLO

La Priora de un convento de religiosas escribe el siguiente caso:

«Una de nuestras hermanas religiosas, de edad de veintiocho años, que había

gozado siempre de cabal salud, fué atacada, hace ocho meses, de un mal á la garganta que la hizo perder enteramente la voz, extendiéndosele muy luego hasta el estómago, una opresion continua y pesada, dolores violentos en el pecho y en las espaldas, una suma debilidad; todo esto demostró ser una enfermedad de pecho el mal de nuestra hermana, el cual declararon los médicos que no tenía remedio. No desconfiamos por eso; acudimos á San José, y poniendo en él toda

nuestra confianza, le consagramos repetidas novenas, sin que se advirtiera ninguna mejoría en la pobre enferma. Como estaba tan débil que no podía andar, llevamos en procesion á la enfermería la venerable imagen de San José, acompañándola con cirios encendidos, y allí empezamos la devocion de los *Siete Domingos*, tan agradable al poderoso S. José, para que nos obtuviese la curacion que tanto deseábamos. Durante la séptima semana la enferma padeció mucho; estaba

triste y nosotras tambien, porque fundadamentetemíamos que bien pronto nos dejaría. No obstante, el domingo siguiente mostró deseos de ir al coro para asistir á la bendicion del Santísimo, lo que efectuó con mucha pena sostenida por nosotras, y llegando allí sin poder respirar. En el acto de la bendicion quiso seguir á las otras religiosas en el canto de un himno, lo que hizo con voz apagada. Este era el momento escogido por el esposo de María para demostrar nos su poderosa proteccion.

Encontré á la enferma que salía del coro, y toda conmovida me dijo: «Puedo hablar con voz clara»; y volviendo al coro con nosotras, se puso á rezar con fuerte acento unas letanías á San José.

«Todas estábamos á su alrededor pasmadas escuchando aquella voz que ocho meses hacía no habíamos oído, y dirigíamos mil preguntas á nuestra querida hermana, admirando en ella los dichosos efectos de la protección de nuestro amado Padre. Libre de toda opresión, no hallaba palabras para

expresarnos lo que en ella sentía, y desde entónces, vuelta á su estado normal, practica todos los actos de Comunidad.»

Récense los dolores y gozos con los Padre nuestros.

TERCER DOMINGO

Consagrado á honrar los dolores y los gozos de San José en la Circuncision del Niño Jesus

Al preparararos para recibir á Jesus Sacramentado, saludad á San José y pedidle su bendicion. Al comulgar, esforzaos en entrar en sus santas disposiciones cuando vió correr la sangre del Salvador, y ofreced la Comunión por la conversion de los enemigos de la Iglesia. Aplicad la indulgencia por las almas

*que tuvieron mucha devocion á la preciosa Sangre de Jesu-
cristo.*

*Dígase el Acto de contricion
inserto al final del Ejercicio de
la santa Misa.*

PUNTO 1.^o El Mesías, que venía para dar cumplimiento á toda ley, quiso por humildad someterse á la ceremonia tan dolorosa de la Circuncision. José, según la opinion de muchos doctores, fué su ministro. ¡Cuánto debió costarle á su corazon ejecutar él mismo esta ceremonia! Es cierto que todos los israelitas veían á sus hijos sometidos á la misma ley; mas

por grande que fuese el amor que les profesaban, no podía compararse al que José sentía por Jesus, á quien amaba como á su hijo y como á su Dios. Por otra parte, este Santo Patriarca sabía perfectamente que bajo las debilidades de la infancia, el Salvador gozaba de la plenitud de su razon; que se sometía voluntariamente á todo lo que de El se exigía, que sentía á la vez el deseo y el temor del sufrimiento, y que esta operacion sangrienta no era para El sino el preludio y como el ensayo de los

suplicios que le estaban reservados en el Calvario. Los gritos del divino Niño, las angustias de su pobre Madre desgarraban el corazón de José; sin embargo, lleno de un valor sobrenatural y de una fé más admirable que la de Abrahám, el augusto Esposo de María, penetrando los designios de su divino Hijo, ofrece al Padre eterno la preciosa sangre que acaba de ser derramada por nuestra salud, y de la cual una sola gota hubiera bastado para rescatar mil mundos.

PUNTO 2.º José, al terminar su sublime ministerio, dió al Hijo de Dios el nombre adorable de Jesus, segun la órden que había recibido del cielo mismo.

¿Quién podrá expresar con qué respeto, con qué confianza y con qué amor pronunció José el primero este nombre de salud, dado á nuestro divino Libertador?

Este nombre de Jesus, que debía ser nuestro consuelo en la peregrinacion de esta vida y nuestra esperanza al llegar la hora de la muerte.

Este nombre adorable, que José se complacía en invocar con frecuencia, era más dulce á su boca que exquisita miel, más suave á su oído que arrobadora melodía.

El nombre de Jesus debe ser el principio y el fin de todas nuestras acciones: el principio, por la invocacion frecuente y piadosa de este nombre adorable; el fin, porque no debemos poner la mira en otro bien, en otro objeto que su gloria.

Fieles servidores del mejor de los amos, á ejemplo

de San José, complaceos en repetir este nombre, que es superior á todo nombre, y recibireis alivio en vuestras penas, consuelo en vuestras aflicciones. Como José, invocad el nombre de Jesus con fé en su poder, con confianza en su amor, porque el Salvador mismo nos ha dicho: «Todo lo que pidieréis á mi Padre en mi nombre, os será concedido». (*Joan.*, 14). Decidle como aquel hombre privado de la vista: Jesus, hijo de David, tened piedad de mí»; ó como los diez leprosos: «Jesus, nuestro

dueño tened, piedad de nosotros»; y experimentaréis bien pronto su favor y ayuda. Acordaos que era en nombre de Jesus, como los Apóstoles obraban milagros. «En nombre de Jesus levántate y anda», dijo San Pedro al paralítico. En las tentaciones que el demonio os suscite, invocad el santo nombre de Jesus, nombre poderoso en el infierno, puesto que espanta á todos los demonios. Este nombre sagrado hace temblar á los ángeles rebeldes, porque les recuerda Aquel cuyo poder

destruyó el imperio que tenían sobre los hombres.

¡Oh nombre sagrado de JESUS! Verdaderamente eres un *aceite derramado* para curar nuestras llagas y comunicar la salud á nuestras almas, porque ¿quién puede pensar en este nombre divino sin representarse al mismo tiempo el modelo perfecto y el conjunto de todas las virtudes en el más eminente grado, en la persona de Jesus? Poned, pues, vuestro santo nombre en nuestros espíritus, en nuestros corazones y en nuestros

labios, Señor Jesus, y concedednos por este nombre la gracia y la fuerza de imitaros y aprended de Vos, no á crear nuevos mundos, sino á obedecer, á sufrir y á humillarnos.

EJEMPLO

Una distinguida señora de Bélgica escribió, con fecha 29 de Enero de 1866, á una amiga suya participándole el favor que acababa de recibir de San José.

Una persona ya entrada en años, por la cual ella se interesaba mucho, vivía en

un completo olvido de sus deberes religiosos, de suerte que hacía más de treinta y cinco años que no había recibido ningun Sacramento ni practicado acto alguno de devocion. Ni las instancias reiteradas de varios amigos influyentes, ni los avisos providenciales enviados á esa oveja descarriada, fueron bastantes para ablandar su corazon empedernido. Cayó enfermo ese infeliz, y púsose de cuidado; entonces fué cuando la caritativa señora, alarmada por el estado crítico de su querido anciano,

buscaba medio para que no se perdiese aquella alma que tanto había costado al divino Redentor, y acordándose del grande poder del Patriarca San José (de quien era muy devota) para socorro de los moribundos, le suplicó que viniese en su ayuda, y llena de fervor le prometió hacer la devoción de los *Siete Domingos* en memoria de sus dolores y gozos, esperando le alcanzase la conversión del enfermo, que ella tanto deseaba. ¡Cosa admirable! Ya en el primer domingo, San José

empezó su obra: fué un sacerdote á visitar al enfermo; éste le recibió muy bien; le insinuó que quería confesarse; hizo una confesion entera y muy dolorosa, y pidió le administrasen los demás Sacramentos al dia siguiente. A pesar de su extrema debilidad, el buen anciano recibió de rodillas en la cama á su Dios, á quien había olvidado por tan largo tiempo, y desde entonces no cesó de demostrar la alegría de que estaba llena su alma. Había perdido la fé, pero la recobró, y con ella una eterna

gloria ¡Ojalá este nuevo favor, obtenido por medio de la devocion de los *Siete Domingos*, mueva á otras buenas almas á practicarla para conseguir la conversion de aquellas personas por las cuales se interesan!

Recénse los dolores y gozos con los Padre nuestros.

CUARTO DOMINGO

Consagrado á honrar los dolores y los gozos de San José en el misterio de la presentacion del Niño Jesus al templo.

Durante la santa Misa uníos al Sacerdote, y entrad en las disposiciones de San José cuando ofreció á Jesus al Padre Eterno.

Ofrecédsele en la sagrada Comunión. Aplicad la indulgencia plenaria por las almas que más han trabajado en extender la devoción de San José.

Dígase el acto de contrición, inserto al final del Ejercicio de la santa Misa.

PUNTO I.^o El Padre Eterno, al escoger á José para reemplazarle cerca de su Hijo único, le había comunicado el amor que arde en Él por este bien amado, *en quien ha puesto todas sus complacencias*. José tenía para Jesus un corazón de padre, y fué un dolor inmenso cuando oyó al santo anciano Simeon anunciar á su

divina Madre que este amado Niño, fruto bendito de sus virginales entrañas, sería un signo de enemistad, de odio y de venganza. La pasión del Salvador, tal como había sido predicha por los Profetas, se presentó toda entera, con sus circunstancias las más lúgubres, al corazón de José, sumido en un mar de amargura.

La voz lamentable de los Profetas de Israel, repitiendo uno á otro todos los dolores del Hijo del hombre, resonó en el fondo del corazón de José, y su amor de Padre

prestaba colores más vivos aun al cuadro tan completo de los padecimientos y de las humillaciones reservadas á Cristo. En adelante Jesus no será ya para José sino un objeto de dolor; todas las alegrías que le dará serán mezcladas de amargura. A cada tierna mirada que el Salvador dirigirá sobre él, vendrá luego á unirse la dolorosa vision de sus ojos divinos, velados por las sombras de la muerte.

Cuando Abrahám para obedecer á Dios, le hizo el sacrificio de su hijo único,

tuvo cuidado de ocultar á Sara la orden que había recibido del cielo. Los gemidos de la madre de Isaac, su desesperacion á la vista de la inmolacion del hijo de sus entrañas, hubieran hecho mil veces más intenso el gran dolor del Patriarca y tal vez habrían detenido su brazo. Dios no quiso someterle á esta ruda prueba. El Señor, que conocía la generosidad de José, le trató con menos indulgencia. ¿Quién podrá expresar lo que pasó en su corazon sensible cuando oyó á Simeon anunciar

¿á María que *su alma de madre sería traspasada con una espada de dolor?* De más edad que su augusta Esposa, se creía morir el primero, y que María sobreviviría á su Divino Hijo, llevando sola el peso de su dolor, inmenso como un mar sin fondo y sin playa. ¿Cuál es el hombre, exclama la Santa Iglesia en sus patéticas lamentaciones, cual es el hombre que no lloraría á la vista de una pobre madre abrumada de tantas desgracias? Comprended, despues de esto, si os es posible, la

afliccion de José al pensar en las terribles pruebas reservadas á María, que estaba unida á él con tan puros y tan estrechos lazos.

El porvenir le desarrollaba todos los misterios de iniquidad que encerraba en sus profundidades. José veía á los pecadores y á los impíos convertidos en enemigos de su Hijo y de su Esposa inmaculada, trabajando incessantemente para destruir la obra de la redencion, negando la divinidad de Jesucristo y rechazando la maternidad divina de María. Así

se cumplía tristemente ante sus ojos la *ruina de muchos*, pronosticada por Simeon.

Este porvenir de ingrati-
tudes y de abominaciones
desgarraba el corazon com-
pasivo de José.

PUNTO 2.º Él no hubiera
resistido á esta afliccion pro-
funda si Dios, para alige-
rar el peso de su dolor, no
le hubiese hecho entrever
tambien esas multitudes in-
numerables de todas las na-
ciones que debían servir á
Jesus y á María y encontrar
en su amor la felicidad en

este mundo y una resurreccion gloriosa al fin de los tiempos: *Positus est hic in resurrectionem multorum in Israel*. Sería necesario amar á Jesus como José, poder apreciar como él el valor de las almas rescatadas con la muerte del divino Hijo, para comprender cuanto esta esperanza endulzaba su sacrificio y llenaba su corazon de consuelo. Jesus será amado: María, su santa Madre, recibirá los homenajes de los corazones más nobles y más puros; en todas partes les levantarán altares y hasta

la consumacion de los siglos. Dios suscitará almas generosas, dispuestas á sacrificar mil veces su vida y sus más caros intereses antes de renunciar á la dicha de servirles y de hacerles conocer y amar de todos. ¡Oh! Me parece oir á José exclamar en los transportes de su amor: «¡Oh almas bien amadas, que habeis costado la sangre de mi Salvador! rendíos, á mis ardientes deseos; venid á abrazar á ese Dios inmolado que yo amo y adoro; venid á alistaros bajo su estandarte glorioso. Para

aseguraros este favor he hecho, de concierto con María, mi Esposa inmaculada, al Señor el sacrificio de su hijo único. Pero si yo puedo ganar vuestras almas, si yo puedo llevarlas al cielo, mis sufrimientos y mis sacrificios se convertirán en un manantial de alegría y de felicidad.»

EJEMPLO

Una hija de María, sintiéndose llamada desde su tierna edad á tomar el hábito en un instituto de caridad, al llegar á los diecisiete años empezó el noviciado en uno

de ellos con un fervor tal, que desempeñó á satisfaccion de sus superiores todos los encargos que se le confiaron. Al cabo de doce años, engañada por *una ilusion del ángel de las tinieblas transformado en ángel de luz*, como ella misma confesó después, se le puso en la cabeza que Dios le pedía el sacrificio de su vocacion y que debía entrar en un convento de clausura: así es que se separó del camino en que Dios la había colocado para seguir el á que se creía llamada. Dado el primer paso, ya se

vió perdida, y aunque procuraba perseverar en su nueva vocacion y hacer frente á los remordimientos que la perseguían por no haber querido obedecer á sus superiores, todo era en vano: jamás estaba tranquila de lo que resultó ir debilitándose, en su fuerzas físicas y morales, viéndose por fin obligada á volver al seno de su familia. Allí, á pesar de prodigársele los más afectuosos cuidados, á fin de que se quedase en el mundo, jamás en su interior sentía satisfaccion alguna, suspirando

contínuamente por su vocacion primera. Cinco meses transcurrieron sin que pudiese tener un despacho favorable de sus antiguos superiores á las solicitudes que les presentaba. Súplicas, novenas, ayunos, mortificaciones, de todo se valió para aplacar al buen Dios, que se mostraba inflexible. Pareciendo que no podría jamás volver al primer convento, se le facilitó la entrada á otro; pero su alma no podía encontrar reposo en ninguna parte, acordándose de su falta. «Mi vocacion primera,

exclamaba, será siempre un fiscal que me reprochará mi infidelidad.» Una amiga suya, confidente de sus penas, le aconsejó recurriese á San José, poniéndose bajo su patrocinio, y que hiciese la devocion de los *Siete Domingos*. Aceptó el consejo; invocó de corazon al poderoso Patriarca, le representó los derechos que tenía á su proteccion, ya por llevar su nombre, ya por ser hija de su divina Esposa, la Vírgen inmaculada, puso su suerte entre sus manos; y en el fervor de una confianza

sencilla fijó el mes de Marzo como término de sus penas. Durante seis semanas no cesó de rogar al Consolador de las almas afligidas, y el 17 de dicho mes, por una disposicion patente de la divina Providencia, se encontró con su superior, quien, afectado de su situacion y arrepentimiento, la admitió de nuevo en la comunidad, con la condicion de empezar otro noviciado. El dia 19, fiesta de San José, volvió á vestir el santo hábito de su vocacion con una alegría increíble y una satisfaccion imposible de

explicar. ¡Cuán necesario es averiguar lo que Dios pide de nosotros, y una vez conocido, no desistir por ningun estilo de lo comenzado!

Récense los dolores y gozos con los Padre nuestros.

QUINTO DOMINGO

Consagrado á honrar los dolores
y los gozos de San José en
la huída á Egipto.

Examinad sériamente en presencia de Dios, si en vuestro corazon hay algún ídolo que ocupe el lugar de Jesus, y rogad á San José que os ayude á echarlo lejos, ofreciendo la Comunión á este fin. Aplicad la indulgencia por el descanso eterno de los misioneros difuntos que han llevado el culto de San José á los países infieles.

*Dígase, el acto de contrición,
inserto al final del Ejercicio de
la santa Misa.*

PUNTO 1.º La prediccion
del santo anciano Simeon
no tardó en cumplirse, Ape-
nas había transcurrido algu-
nos dias despues de la pre-
sentacion del Salvador al
templo, cuando San José re-
cibe de boca de un ángel la
orden de huir á Egipto para
sustraer el divino Niño al
furor de Herodes. Era la es-
tacion más rigurosa, el viaje
largo y lleno de peligros:
*Viam Silvestren, obscu-
ram et inhabilitatam*, dice

San Buenaventura. La pobreza de José y el peligro del menor retardo no le permitieron procurarse las cosas más indispensables. María entonces contaba la edad de unos dieciseis años, y Jesus algunas semanas ¡Solo Dios sabe lo que tuvieron que sufrir durante este largo y penoso viaje. «¿Por qué no nos es dado, exclama el piadoso Ludolfo de Sajonia, penetrar el profundo silencio de la Escritura y conocer detalladamente las privaciones de la Santa Familia? Tal vez descubriríamos para

consuelo de los indigentes, que á menudo no tenían un bocado de pan para matar el hambre, ni un poco de agua para apagar la sed.»

Despues de dos meses de un largo y penoso viaje, los augustos peregrinos llegan por fin á la tierra del desierto. ¡Qué suplicio para el corazon de José tan encendido de amor por Jesus, el tener que habitar en un pueblo infiel, que miraba con desprecio á los israelitas y prodigaba á viles criaturas los homenajes y las adoraciones debidas tan solo al verdadero

Dios! Y luego, ¡que dolor tan intenso para el hijo de David, al ver á su pueblo, ese pueblo en el que reinaron sus antepasados, privado de repente de este tesoro, por el cual había tanto tiempo suspirado.

PUNTO 2.º Sin embargo, el Señor procuró á su siervo un gran consuelo. Apenas el Niño Jesus hubo penetrado en tierra de Egipto, los demonios, adorados desde tantos siglos en aquel país infiel, sintieron la presencia del que venía á destruir su imperio. Sobrecojidos de

espanto huyeron, en presencia del Hijo de María, cuya omnipotente virtud les hacía presentir al Hijo del Eterno. Los oráculos enmudecieron, los dioses guardaron un silencio forzado, y sus vanos simulacros, vacilando en sus altares de mármol ó de oro, cayeron hechos pedazos sobre el pavimento del templo, rindiendo homenaje al verdadero Dios, á quien solo son debidas las adoraciones que á ellos se tributaban.

José experimentó tambien durante su estancia en Egipto una alegría muy grande

para su corazon cuando oyó al Verbo encarnado pronunciar su primera palabra. ¡Ah! ¡quien podrá expresar lo que pasó en su alma al oír á Jesus llamarle su padre, acompañando este dulce nombre de tiernas caricias, que por parte de Jesus eran favores divinos, testimonios razonados, no solamente del amor de un niño para con su padre, sino del amor de un Dios para con el más santo y el más puro de todos los hombres! Tal vez á esta primera palabra del Verbo fué unida esa gracia poderosa

que pobló el Egipto de santos, y que hizo de aquellos desiertos una escuela de virtud, donde las almas de eleccion fueron á ponerse al abrigo de las persecuciones de los tiranos y de la corrupcion del mundo.

EJEMPLO

Un miembro de la Sociedad de San Vicente de Paul escribe lo siguiente:

«En el decurso del año 1857, yo estaba encargado de visitar, en nombre de la Conferencia de San Vicente de Paul de nuestra ciudad, á una

pobre familia, compuesta de padre, madre y cinco niños. El padre se hallaba enfermo en el hospital, el más pequeño de los niños padecía tambien una enfermedad gravísima, cuyos progresos hacían presagiar una muerte próxima. Tenía el semblante pálido, demacrado, descompuesto, y su estado general de consuncion era tan extraordinario, que bien podía decirse que el pobre niño, más que persona humana, parecía un esqueleto vivo. El médico, al ver aquella situacion extrema, hubo de decir á la

buenas palabras, tan tristes como dolorosas para una madre: «Vuestro hijo va á morir; es inútil prescribir remedios; su curacion es imposible.» Lo que es imposible al hombre no lo es á Dios.

La desconsolada madre, al oír el pronóstico del médico, se puso á llorar; pero de repente un destello de esperanza vino á iluminar su espíritu y volvió á infundirle un poco de valor. Acordóse de que yo había dado á uno de sus hijos, algunas semanas antes, un opúsculo,

intitulado: *Devocion de los Siete Domingos consagrados á San José*. Este pequeño libro ella lo había leído y releído ya varias veces, los rasgos de proteccion de San José que contenía acudieron á su memoria. Sintióse súbitamente animada de la más viva confianza, y dirigiéndose á sus hijos, les dijo que era necesario empezar desde luego una Novena á San José para pedirle la curacion de Pablo (este era el nombre del niño enfermo). San José no hizo esperar mucho tiempo la curacion

solicitada por medio de súplicas y oraciones tan llenas de confianza en él. Al fin de la Novena el niño enfermo empezó á recobrar las perdidas fuerzas y el apetito, siguiendo siempre en mejoría, de tal suerte , que al cabo de quince días, ó de tres semanas á lo más, su curacion fué completa. Actualmente este niño continua en perfecto estado de salud, y es notable su robustez. Apenas cuenta la edad de cinco años, y acaba de entrar en la escuela de los Hermanos de la Doctrina cristiana. Esto ha tenido

lugar el día de Pascua del año (1858), y todo anuncia en el niño una inteligencia precoz.

Récense los dolores y gozos con los Padre nuestros.

SEXTO DOMINGO

Consagrado á honrar los dolores y los gozos de San José á su vuelta de Egipto.

Rogad á San José por las necesidades del Soberano Pontífice y de la Iglesia, y ofreced la Comunión á este intento. Aplicad el fruto de la indulgencia á los que llevan el nombre de San José.

Dígase el Acto de contrición, inserto al final del Ejercicio de la santa Misa.

PUNTO I.º La residencia de la Santa Familia en Egipto duró siete años. Extranjeros, pobres, faltos de todo socorro, viviendo en medio de un pueblo idólatra, que ignoraba las primeras nociones de la caridad, Jesus, María y José tuvieron que sufrir muy duras privaciones.

Sin embargo, nuestro Santo Patriarca, resignado á la voluntad del cielo, se consolaba viendo al divino Niño crecer en presencia de Dios y de los hombres. Tal vez mitigaría las penas de su acongojado corazon

exclamando con el Profeta:
«Los reyes de la tierra se
se han levantado, y los prín-
cipes han conspirado juntos
contra el Señor y contra su
Cristo: aquel que vive en los
cielos se reirá de ellos, el Se-
ñor se burlará.»

Más el Señor, fiel á su pro-
mesa, envía de nuevo su án-
gel á José para anunciarle que
el cruel Herodes ha muerto
miserablemente, y que pue-
de sin temor habitar en tie-
rra de Israel. A esta nueva
tan consoladora sucedió re-
pentinamente una inquietud
más grave todavía y que

turbó por un momento su felicidad: temió ir á Judea, donde reinaba Arquelao, hijo de Herodes, cruel y sanguinario como él. No quiso exponer á Jesus á una nueva persecucion. El cielo aprobó su prudencia, y le inspiró ir á Galilea y habitar en Nazareth. Así es como las almas piadosas que tienen una gran delicadeza de conciencia temen todos los dias desgracia de perder á Jesus.

PUNTO 2.^o Alentado José por las inspiraciones del cielo, dilató su corazon en accion de gracias, y valiéndose

quizá de las palabras de David, su abuelo, repitió con María el salmo de la restauracion ó libertad del pueblo de Israel: *In exitu Israel de Ægypto.*

¡Qué consuelo para los desterrados el regresar á su amada patria, recorrer de nuevo aquellos lugares llenos de piadosos recuerdos, en que pasaron los más hermosos años de su vida! José era feliz volviendo á ver aquella tierra de bendicion, santificada por el nacimiento, las lágrimas y la sangre del Verbo hecho carne.

¡Cómo le tardaba el ir á prosternarse en el templo del Señor para ofrecerle un justo tributo de alabanza y accion de gracias!

Pero Jesus era aun demasiado jóven para hacer todo el viaje á pié, y por otra parte, como había crecido, su peso era superior á las fuerzas de su pobre Madre; así es de creer que José lo llevaría la mayor parte del camino; no obstante, la alegría del regreso á Nazareth y el amor que profesaba al divino Niño le harían su peso dulce y ligero. He aquí el

medio de encontrar dulce lo más amargo: hacerlo todo por amor de Dios.

EJEMPLO

En un convento de la ciudad de Falalen, provincia de Namur, en Bélgica, había una religiosa inglesa que tenía muchas sobrinas protestantes. Una de ellas fué á visitarla, y al verla su tía tan cariñosa y humilde, pidió á sus amigas rogásen por su sobrina, á fin de que Dios le concediese la gracia de hacerse católica. Al despedirse le dió algunas advertencias;

más vuelta á Inglaterra, no se acordó ya de lo que su tía le había dicho. Sin embargo, la buena religiosa no dejaba de rogar á San José por la conversion de su sobrina, instando á las demás religiosas que la ayudasen á alcanzar aquella gracia, á cuyo fin éstas, junto con las niñas de las clases, empezaron la devocion de los *Siete Domingos*, en seguida una Novena y despues otra, hasta poder conseguir la gracia que tanto anhelaban. El corazon del bondadoso Patriarca no pudo resistir á tantas

súplicas. Aquella señorita sintióse como impulsada de volver á Bélgica para visitar á su tía; pidió permiso á su madre, y esta se lo concedió. Todas las religiosas, al verla, quedaron admiradas y reconocieron en ello la mediacion de San José. La inglesita parecía toda desconcertada, sin saber lo que pasaba, y dijo á las religiosas que sólo había venido para ver á su tía. Se empezó de nuevo la devocion de los *Siete Domingos*, con la resolucion de hacer violencia al corazon de Dios por medio del santo

Patron de la Bélgica, el virginal Esposo de María, á fin de salvar un alma. Al cabo de cinco semanas volvió á ver á su tía, pero continuaba triste y pensativa, sin fijeza en sus ideas; y creyéndose enferma, sin estarlo, resolvió marcharse. Las religiosas, al entrar en las clases, dijeron á las niñas: «Vuestras súplicas tienen poco valimiento, pues que la inglesa se marcha protestante.» Setenta y tres voces pueriles respondieron acordes: «Sí, sí, ella será bautizada; San José bendecirá nuestros

esfuerzos.» Al día siguiente empezóse una Novena con mucho fervor, la cual debía concluir el mismo día que los *Siete Domingos*. El lunes vino la jóven á despedirse de su tía y de las demás religiosas; pero en su interior había un combate entre la gracia y la herejía que no la dejaba un momento de reposo; por fin venció la gracia, y no pudiendo resistir más á sus impulsos, se presentó otra vez á su tía, diciéndole que quería volver á la fe de sus antepasados. Al decir esto, se leía en su

rostro la alegría de que estaba poseida. El Domingo 26 de Enero de 1868 concluían los *Siete Domingos* y la Novena, y el viernes anterior recibía la inglesita el santo Bautismo. ¡Gloria sea dada á Dios, que por intercesion de San José acogió aquella oveja separada del Buen Pastor, y premió la fé y confianza de aquellas buenas religiosas y sencillas niñas!

*Récense los dolores y gozos
con los Padre nuestros.*

SÉPTIMO DOMINGO

Consagrado á honrar los dolores
y los gozos de San José cuando
despues de haber perdido
á Jesus le encontró en
el templo.

*En la Comunión consagraos
á San José y proponeos hacer
todos los años esta devocion de
los SIETE DOMINGOS. Aplicad
el fruto de la indulgencia á las
almas del Purgatorio que han
sido fieles en practicarla.*

*Dígase el Ácto de contricion,
inserto al final del Ejercicio de
la santa Misa.*

PUNTO 1.^o ¡Quién puede
formarse una idea del acer-
bo dolor que sintió el cora-
zon de José cuando, al regre-
sar del templo de Jerusalem,
se apercibió que Jesus, que

él creía con su madre, los había dejado! En su profundísima humildad, este Santo Patriarca se acusaba de esta pérdida, y se reprochaba amargamente esta desgracia. La excesiva aflicción de María aumentaba aun más la suya: y sin un milagro de la providencia el no hubiera resistido á esta cruel prueba. Mil temores se unían á sus angustias, y se decía de continuo: «¿Qué habrá sido de mi querido niño? ¿quién le habrá acogido durante la noche? ¿no estará sufriendo las más penosas privaciones?

¡Ah! Sin duda El sufre, tiene hambre, está sin abrigo; tal vez, poco satisfecho de mis servicios, ha ido á juntarse en el desierto con Juan, su precursor». Orígenes en su homilía de la octava de la Epifanía, asegura que San José en esta ocasion sufrió más que todos los mártires. Pero, ¡oh prodigio de su santidad, de prudencia, fortaleza y de perfeccion! En una pena tan inaudita, en una afliccion tan extrema, José no murmura ni se queja, no pierde la paz del alma, y ningun movimiento de

impaciencia y de tristeza desordenada viene á turbar su espíritu. El divino Maestro, movido de tanta virtud, queriendo recompensar á José, que tan ardiente y tan puro amor sentía por El, le inspiró que fuese á buscarle en el templo con María.

PUNTO 2.º Grande, inmensa fué la alegría que experimentó José al encontrar al divino Hijo: no se cansaba de contemplar sus facciones adorables con una ternura que le hacía derramar abundantes lágrimas. El repetía con David, su

ascendiente: «Vois habéis trocado mi duelo en gozo, y cubierto mi corazon de alegría.»

Aprendamos de este Santo Patriarca á mirar la pérdida de Jesus como el más grande de todos los males, y despues de haber compartido con él la pena extrema que sintió en aquella circunstancia, participemos de su alegría y de su felicidad por haber encontrado á Jesus, su tesoro, su amor y su vida. Glorioso San José; si yo fuera bastante desgraciado para perder á Jesus

por culpa mía, haced, os lo ruego encarecidamente, que le busque con tanto fervor como vos, á fin de que habiéndome reconciliado con El por una sincera penitencia, le conserve en el tiempo y en la eternidad.

EJEMPLO

El siguiente ejemplo podrá servir de norma á los que han de tomar estado de matrimonio mayormente en nuestros días, en que solo se atiende á los intereses y á las cualidades exteriores, cuando de su acierto dependen

el bienestar en la presente vida y la salvacion eterna.

Un jóven noble, hijo de padres virtuosos que nada omitieron para formarle un corazon sólidamente piadoso, despues de haber rogado mucho á Dios para conocer bien su vocacion, se persuadió de que no era llamado al sacerdocio. No obstante, continuó haciendo con mucho fervor sus devociones particulares, confesando y comulgando cada semana, y siendo exacto en todas estas santas prácticas. Aunque pertenecía á una distinguida

familia, relacionada con la alta sociedad, se apartó siempre de aquellas diversiones peligrosas, en las que muchos jóvenes atolondrados comprometen su porvenir, tomando por compañera á una jóven, prendado de sus dotes exteriores, tan fáciles de perder. Bien convencido de que los buenos *matrimonios están ya escritos en el cielo*, este excelente jóven no se olvidaba cada día de rogar á San José que le hiziese encontrar una compañera de una piedad sólida y aprueba de las

seducciones del Siglo. Cierta dia con motivo de una buena obra que llevaba entre manos, tuvo que avistarse con una respetable señora que con sus dos hijas vivía muy cristianamente. Al verlas experimentó cierto presentimiento de ser una de aquellas dos jóvenes la destinada por Dios, para compartir con ella su suerte; en su consecuencia, la pidió á su madre, la cual, contestándole las buenas prendas que adornaban á aquel jóven, dió gustosa su consentimiento. La señorita confesó despues

sencillamente que ella desde mucho tiempo hacía la misma súplica, y que al entrar aquel jóven presintió á la vez que Dios se lo enviaba para su apoyo. Pero fué el caso que repugnándole muchísimo al padre de la señorita tener que desprenderse de su hija, é interponiendo toda clase de obstáculos, para vencerlos y conocer la voluntad de Dios en asunto de tanta transcendencia determinaron todos empezar la devocion de los *Siete Domingos* en honor de San José, á últimos de Mayo de

1863. El favor de este glorioso Patriarca no se hizo esperar, pues en el siguiente Agosto se celebró el casamiento con gran contento de ambas partes; lo que prueba que el cielo se complace en bendecir aquellos desposorios para cuyo acierto se ha pedido su luz y su gracia, en especial si ha mediado la eficaz intercesion de aquel Santo á quien Jesucristo se complació en estar sujeto sobre la tierra.

Récense los dolores y gozos.

EJERCICIO

PARA OIR LA SANTA MISA

EN HONOR DEL

PATRIARCA SAN JOSÉ

ADVERTENCIA.—Las cláusulas que están entre dos rayitas pueden omitirse si la Misa es breve.

AL EMPEZAR LA MISA

Heme aquí, glorioso Patriarca San José, ante el altar de mi Dios para asistir al más augusto de los actos de su religion; esto es, al santo Sacrificio de la Misa, que no es más que la renovacion, si bien sin derramamiento de

sangre, del sacrificio consumado en el Calvario. Conozco que estos son los momentos en que debo estar á la presencia de la Divina Majestad con todo el recogimiento y la humildad de que soy capaz. Por esto invoco vuestra protección para que vos me prestéis algo de aquellas vuestras sublimes virtudes que os hicieron digno de gozar de la compañía de Jesus y de vuestra Esposa inmaculada. Sobre todo, infundid en mi alma la más profunda reverencia y el más sincero dolor

de mis pecados:—la reverencia para que hasta en lo exterior manifieste lo convencido que me hallo de que durante la santa Misa estoy asistiendo al gran sacrificio que se ofrece en favor de los vivos y de los difuntos; y el dolor de mis pecados para que, con el sentimiento de haber ofendido á Dios, me prepare para participar de los méritos que de este santosacrificio manan como de una inagotable fuente de gracias.—Confieso que soy pecador, oh Santo mío, y que mis culpas

son muchas y grandes; pero tambien sé que las bondades divinas son inmensas; que María, vuestra virginal Esposa, es todo amor y ternura, y que vos os complacéis en favorecer á los que os invocan de corazón. Venid, pues, en mi ayuda, poderoso Protector mío, y venid con vuestra purísima Esposa, para que, acompañado de vosotros, sea digno de estar en la presencia de Jesus.

A LOS KYRIES

Padre Eterno, tened piedad de mí. Cristo, hijo de

Dios vivo, salvad al que habéis redimido. Espíritu Santo, inflamadme en el amor divino. Jesus, María, José, Trinidad de la tierra, compadeceos de un pobre pecador.

AL GLORIA IN EXCELSIS

¡De que celestial alegría
fué colmado vuestro corazon,
oh bienaventurado San José,
cuando oisteis á los coros
angélicos cantar en el Naci-
miento de vuestro hijo adop-
tivo: *Gloria á Dios en las
alturas, y en la tierra paz
á los hombres de buena*

voluntad! Yo me uno, pues, á los celestiales espíritus, y lleno de alborozo y amor repito: Gloria á Dios le den los Santos en el cielo, gloria á Dios le rindan los hombres en la tierra; gloria le tributen todos los seres que ha sacado de la nada. Paz á los hombres de buena voluntad; paz consigo mismos, gozando de la tranquilidad de una conciencia pura, y paz con sus semejantes, viviendo todos como hermanos de Jesucristo.

A LAS ORACIONES Y EPÍSTOLAS

Uniendo mi intencion con la del sacerdote, ruego en primer lugar, glorioso San José, para que este sacrificio, ofrecido á la Majestad Divina sea presentado por vuestra inmaculada Esposa Madre de Dios y Madre mía y ceda tambien en honor del Santo cuya memoria celebra hoy la Iglesia. Ruego despues para que me alcancéis aquellas virtudes en que se distinguieron esos santos héroes de nuestra sacrosanta religion, que veneramos

sobre los altares. Vos, que entre ellos ocupais un lugar de preferencia, sed principalmente el modelo que procure imitar; hacedme á este fin siempre dócil y obediente á los consejos y á la doctrina de los sagrados libros que sirven de texto á la Epístola, para que, cumpliendo con exactitud lo que se encierra en su enseñanza, alimente mi entendimiento con pensamientos santos y celestiales, y mi corazon con afectos puros y aspiraciones á lo sobrenatural y eterno. Sean mis acciones conformes á

las verdades que consigna la Sagrada Escritura, ya que ella es la palabra divina que se revela á los hombres para atraerlos al conocimiento del verdadero Dios y dirigirles por la senda de la perfeccion moral. Búsque-la yo, oh Santo mío, esta perfeccion, y en ella ponga toda mi gloria y todo mi entusiasmo;—que por cierto es la santidad, y no la grandeza humana, la que enaltece á quien es imagen de Dios; son las virtudes, y no los títulos de vanidad, los que honran á quien es

discípulo de Jesucristo; es la pureza del alma, y no la hermosura del cuerpo, la que hace encantadora aquella criatura cuyo cuerpo ha de reducirse á polvo y cuya alma es inmortal; son los bienes de la eternidad, que nunca han de perecer ni menguar, y no los bienes del tiempo, inconstantes, engañosos y caducos, las únicas riquezas que ha de apetecer el hombre, que acá en la tierra se halla como un transeunte y un extranjero que se dirige á su patria. Reflexione siempre yo estas

verdades, y á ellas ajuste mi conducta todos los dias de mi vida.

AL EVANGELIO

Los textos evangélicos son, oh Patriarca mío San José, el libro de la ley para el cristiano. En ellos contemplamos á Jesús hablando y obrando; en ellos nos instruye con su palabra de inflexible verdad, y sus hechos de una santidad asombrosa.

— Vos oísteis mil veces aquella voz del cielo que resonaba en la tierra, y admirasteis las acciones que

un Dios humanado obraba entre los hombres.—Pero vos oiais y mirabais, prestando á las palabras el oído de vuestra alma, y buscando en las acciones una norma que seguir. Que también sea mi alma que se empape en las palabras del Evangelio y que sea la moral que contiene lo que yo procure hacer resaltar en todas mis obras, aun las más insignificantes.

AL CREDO

Haced, oh fiel Esposo de María, que mi inteligencia y mi corazon acompañen

mis palabras al rezar con el sacerdote el Credo.

Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de Santa María virgen; padeció debajo del poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y sepultado; descendió á los infernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos; subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre, Todopoderoso; desde allí ha

de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. Creo en el Espíritu Santo; la santa Iglesia católica, apostólica romana; la comunión de los Santos; el perdon de los pecados; la resurreccion de la carne, y la vida perdurable. Amen.

AL OFERTORIO

En todas estas creencias, Santo mío, espero vivir y morir y os suplico me lo alcancéis.

Oh mi glorioso San José: yo me figuro hallarme con vos y con vuestra inmaculada Esposa en el templo

de Jerusalem, cuando fuisteis á presentar al Padre Eterno á su Hijo unigénito revestido de nuestra mortal carne. Por vuestras manos y por las de María se ofrecía ya entonces el dulcísimo Jesús á la divina justicia en satisfaccion de los pecados del mundo. Vos, que sabiais cuál era la mision en la tierra de aquel que, Hijo de Dios, era también llamado hijo vuestro, ¡cómo en aquella ocasion uniriais vuestros sentimientos con los suyos para ofrecer á Dios vuestros trabajos y vuestras penas en

redencion del humano linaje!
Junto, pues, con la hostia y
el cáliz que ofrece el minis-
tro del altar, me ofrezco yo
á su vez como víctima de
expiacion por mis pecados
y los de todos los hombres.

Á las oraciones llamadas Secretas,
y al Prefacio y Sanctus.

En secreto ó silenciosa-
mente ruega ahora al sacer-
dote como para avisarme
de que entre yo en lo más
recóndito de mi corazon, y
allá, lejos del bullicio mun-
danal, me entregue á la con-
versacion con Dios, que ha

dicha que es en la soledad donde habla al alma. Aca-llad, pues, oh Protector mío, San José, en mi interior todo pensamiento y todo afecto que no sean de Dios ó á Dios no me conduzcan.— Sepa yo buscar en el fondo de mi conciencia aquella alegría y aquella paz, que son las solas que pueden hacerme feliz.

Pero de repente el ministro del altar levanta su voz, y con tono que rebosa entusiasmo, alaba al Señor, publica su gloria y nos invita á que le acompañemos.

Ayudadme, Santo mío, para hacerlo con todo el fervor de mi alma. Yo quisiera poder tributar á mi Dios con todas las alabanzas que le han tributado los hombres desde el principio del mundo, y le tributarán hasta la consumacion de los siglos.

—Más aún: yo quisiera que todos los seres, así materiales como inmateriales, se volbiesen lenguas, y que esas lenguas las tuviese yo todas para alabar al Dios á quien adoro. Por esto, me asocio á los coros de los Angeles, Arcángeles, Principados

y demás espíritus celestiales, y con ellos repito con todo entusiasmo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria; gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo; sí, mi excelso Patriarca San José: gloria del Padre, que os hizo su vicegerente en la tierra respecto del Hijo que engendró desde la eternidad; gloria al Hijo, que, teniendo á Dios por Padre, se complació en llamaros su padre entre los hombres; gloria al Espíritu

Santo, que os unió con el lazo de un matrimonio virginal con su inmaculada y mística Esposa.

AL CANON Y A LA ELEVACIÓN

Mi venerable Patriarca San José: conozco que estos son los momentos en que debo hacer todos los esfuerzos para recogerme y excitar en mí la devoción, pues que he llegado al periodo de la Misa más augusto y más santo. El sacerdote se prepara con la invocación de vuestra virginal Esposa, de los santos Apóstoles y

varios santos mártires para ponerse luego en lugar de vuestro adoptivo hijo Jesús, y proferir las sacramentales palabras que convertirán el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Dios humanado. Yo acudo tambien á la intercesion de la siempre Vírgen María, á la vuestra y á la de todos los santos, y al igual del sacerdote ruego por las necesidades de la Iglesia y del Estado, por el Sumo Pontífice y demás Prelados y Pastores de la grey de Jesucristo, y por todos los fieles viadores todavía

en este valle de miserias, y de un modo especial por aquellas personas por quienes tengo mayor obligacion.

—Así como por aquellos sucesos, casos ó empresas que redunden en gloria divina ó más lo hayan menester.

Cumplido este deber, me entro en mi corazon, y cerrando mis sentidos á todo lo que me rodea, me transporto al Cenáculo, y veo allí al Hijo de Dios, que toma el pan, y levantando los ojos al cielo le bendice, diciendo: *Este es mi cuerpo*, y despues, bendiciendo

el cáliz, continúa: *Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada en beneficio de vosotros y de muchos.* ¡Oh Santo mío! El pan ya no es pan, sino que es el cuerpo de mi Dios y Redentor Jesucristo; ayudadme á adorarle y á prestarle mi pleito homenaje. Cuerpo de mi Salvador: mi alma se anota á vuestra presencia, y se une á los ángeles para daros la gloria. El vino ya no es vino, sino que es aquella sangre divina que se derramó para salvar al mundo.

Sangre de mi Salvador:
postrado en el suelo, yo os
adoro con el alma y con el
cuerpo.

DESPUÉS DE LA ELEVACIÓN

¿Cómo no recordaros á
vos en estos instantes, oh
dulce Patriarca mío San
José? Si abro los ojos del
alma y miro con la luz de
la fé, me encuentro á la
presencia de Jesucristo; aquí
está El en sus dos natura-
lezas: la divina y humana,
con su sola persona divina;
aquí está en su cuerpo, en
su alma, en su sangre, cual

vos le veiais ante vuestros ojos, le acariciabais y le estrechabais sobre vuestro corazón. ¡Qué dicha es la mía! Avivad mi fé, Santo mío, para que conozca toda la felicidad que me cabe en hallarme en la real presencia de mi dulcísimo Jesús. Aprovechando, pues, estas circunstancias, y contando con que vos le presentaréis mis súplicas, ruego con el sacerdote por todos los fieles difuntos, mayormente por aquellos á quienes debo sufragios ó que están más necesitados de ellos en las

cárceles del Purgatorio. Y como no puedo menos de reconocerme pecador, además de la vuestra imploro la mediación de vuestra inmaculada Esposa, la bienaventurada Virgen María Madre de Dios y Madre mía, la de los santos Apóstoles y mártires, y la de todos los bienaventurados del cielo. Con ellos me uno para tributar á mi divino Redentor todas las alabanzas y todas las adoraciones que se merece por haber ofrecido su sacratísimo cuerpo en holocausto de expiación

de mis pecados, y por haberme redimido con su preciosísima sangre.

Al Pater noster, Pax Domini
y Agnus Dei.

Siendo, glorioso San José, la oracion que llamamos dominical la que el mismo celestial Maestro enseñó á sus discípulos, que le pedían una fórmula para orar, acompañando al sacerdote, la rezo con toda la devocion que me es posible.

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos

el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos de mal. Amén.

Sí; alcanzadme, poderoso Patriarca, que me vea libre de todo mal, así del cuerpo como del alma; alcanzadme fuerza para vencer las tentaciones del demonio, los incentivos de la carne y los halagos del mundo, estos

tres crueles é incansables enemigos de mi alma. Haced que mi corazon no se vea nunca dominado de las pasiones, antes bien que goce de la paz y tranquilidad de una conciencia á la que no remuerde ningún pecado. Impetrádmela, oh mi San José, esa paz de espíritu que el mundo no puede dar, y que vuestro Jesús anunció tantas veces á sus discípulos. Tenga paz conmigo mismo, sujetando las exigencias de mis sentidos y venciendo las agitaciones de mi alma; tenga paz con

mis prójimos, sufriendo sus defectos y perdonando todo agravio; tenga paz con mi Dios, gozando de su gracia, de aquella gracia que debemos al Cordero divino, que ha borrado los pecados del mundo. Interceded en mi favor, Santo mío, para que por la sangre de ese Cordero se derramen sobre mí las infinitas misericordias.

Al Domine, non sum dignus,
y á la Comunión.

Bien quisiera, oh bondadoso Protector mío San José, participar con el sacerdote del sacratísimo cuerpo

y de la preciosísima sangre de mi amable Jesús. Pero si mis deseos son ardientes, mi indignidad es grande. Con todo, de mi amor propio y de mi presuncion, no puedo dejar de confesar que me encuentro sin mérito alguno para unirme con mi Dios por medio de la sagrada Comunión. No, no soy digno, oh Patriarca mío, ni siquiera puedo imaginarlo. Pero hacedme vos digno, dándome algo de aquellas disposiciones en que os hallabais para vuestro Hijo adoptivo, de aquella reverencia

con que le tratabais, y sobre todo de aquel amor más que seráfico con que le amabais. Prestadme por algunos momentos vuestro corazon, todo pureza y todo ternura, para que á lo menos espiritualmente pueda recibir al Señor, diciéndole: Venid, dulcísimo Jesús mío, venid á mi alma; hacedla toda vuestra ya que ahora no puedo recibiros corporalmente, es mi inflamado anhelo recibiros espiritualmente y quedar unido con Vos todos los dias de mi vida, y despues por toda una

eternidad. Virgen Santísima, San José bendito, Angel de mi Guarda, dad gracias á Dios, porque se ha dignado venir á habitar en mi corazón.

A las últimas oraciones y á la bendicion.

Á vos os lo debo, mi siempre benignísimo Patriarca, el que mi alma esté experimentando una alegría particular, efecto, sin duda, de sus ansias en unirse con Jesucristo y de haber pedido á este su tan condescendiente amante que se dignara venir á visitarla. El, que es tan bueno, lo habrá hecho sin recordar mis ingratitudes,

puesto que me hallo completamente cambiado, ardiendo en deseos de no pertenecer en adelante sino á mi Jesús. Para que así sea recurro á vuestra proteccion y á la de la Santísima Virgen María, como tambien á la de los Santos cuya fiesta celebra la Iglesia. ¡Qué suerte sería la mía si pudiese yo tener sus virtudes, é imitando su ejemplo, ser una copia de su perfeccion cristiana! Asistidme, Santo mio, para que haga por mi parte todos los esfuerzos, á fin de alcanzarlo, cumpliendo exactamente

con todos los deberes que me impone la profesion de mi fé, y violentando mi corrompida naturaleza en todo lo que se oponga á las máximas del Evangelio. Sé que, por más propósitos que haga, todos serán infructuosos si no recibo la bendicion de lo alto. Esta bendicion os suplico, solícito abogado mio, confiando que vos haréis ratificar en el cielo por vuestro Hijo adoptivo la bendicion que acá en la tierra me da su ministro en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

AL ÚLTIMO EVANGELIO

Una súplica voy á dirigir-
ros, mi especial protector
San José, al concluirse el sa-
crosanto sacrificio del altar,
al que he asistido. Esta súp-
lica es que así como en la
santa Misa ha sido ofrecido
al Padre Eterno su Hijo uni-
génito, me ofrezcáis vos á
su vez al dulcísimo Jesús,
para que se digne admitir-
me como cosa suya todos
los dias de mi vida y á la
hora de mi muerte. Y para
ser digno de ello, yo le ofrez-
co por mi parte y por vues-
tras manos todo el bien que

puedo haber hecho, y los deseos que tengo de multiplicarlo hasta lo infinito, si posible me fuese, así como el sacrificio de la pasión que de un modo particular me domina. Mas viendo su misericordia y mi inconstancia, y que, hallándome expuesto á tantos peligros y á tantas seducciones, necesito de un lugar de seguridad y refugio, os ruego con todo encarecimiento me pongais bajo el abrigo del manto maternal de vuestra virginal Esposa. Sean siempre Jesús, María y José el objeto

de mi amor, así como lo son de mi confianza, y profieran mis labios estos nombres dulcísimos mil veces al día para ser las últimas palabras que exhale con mi postrer aliento, y como el grito de ayuda que pida para pasar felizmente del tiempo á la eternidad.

ACTO DE CONTRICION

Dios y Señor mío, en quien creo, espero y á quien amo sobre todas las cosas; al pensar en lo mucho que habeis hecho por mí, y lo ingrato que he sido yo á vuestros favores, mi corazon

se confunde y me obliga á exclamar: Piedad, Señor, para este hijo rebelde; perdonadle sus extravíos, que le pesa de haberos ofendido, y desea antes morir que volver á pecar. Confieso que soy indigno de esta gracia; pero os lo pido por los méritos de vuestro padre nutricio San José .Y vos, gloriosísimo abogado mío, recibidme bajo vuestra proteccion y dadme el fervor necesario para emplear bien mi vida en obsequio vuestro y utilidad de mi alma. Amén. Jesús, María y José.

TRÍDUO

EN OBSEQUIO

DEL CASTÍSIMO PATRIARCA
SEÑOR SAN JOSÉ



*Se podrá comenzar el 17 de cada mes,
para concluir el 19.*

MODO DE HACER ESTE TRÍDUO

*Hecho el Acto de contricion, se dirá
la siguiente*

ORACION

¡Con qué confianza, con
cuánta satisfaccion vengo á
vuestros pies, José santísi-
mo, á implorar vuestro so-
corro y proteccion en mis
necesidades! ¡Oh! Yo no
desconfío de que oireis mis

ruegos, porque por experiencia sé que no os sabeis negar al que con fé os hace una súplica. Vos, que en el mundo probasteis todas las amarguras de la vida y que conoceis bien las duras afeciones del corazon humano, ¿os haréis sordo cuando algun mortal, con la fé y el consuelo que inspira vuestro dulce nombre, os invoca y os hace ver el centro de su alma, que sufre traspasada por alguna gran pena? Vos, que podeis sacar la punzante espina de un corazon afligido, ¿os mostraréis

indiferente y vereis sin lastimarse vuestra eminente caridad rodar las lágrimas de vuestros devotos sin extender vuestra benéfica mano y secar su llanto? ¿Acaso necesitáis para hacernos un beneficio, ó darnos un consuelo, otra cosa que querer? ¿Y habrá quien pueda imaginarse que, no siendo menester más que vuestra voluntad santísima, no queráis acceder á calmar ó quitar del todo nuestras tribulaciones? ¿Desconfiáis que vuestro Hijo santísimo os niegue lo que pidieréis? ¿Será

posible, Santo mio, que aquel que en el mundo alimentasteis, y que vió vuestra noble frente cubierta de sudor para proporcionarle su alimento, y la de su santísima Madre, os desaire cuando vayais á suplicarle os conceda alguna gracia? Aquel que os escogió para que le sirvierais de padre, y que se regocijaba cuando le dabais el tierno nombre de Hijo, ¿no querrá acceder á vuestras peticiones? Qué, ¿no es el mismo que en la tierra os obedecía, y que tantas veces tuvisteis en vuestros brazos,

acariciándole dulcemente?...
¿No es el mismo que toda
la eternidad os señaló con
su omnipotencia para Es-
poso de la inmaculada Vir-
gen María? Grandes, muy
grandes son estos títulos pa-
ra que no podáis con Dios
todo lo que queráis, y gran-
des son tambien las esperan-
zas que á mi me infunden
tan inmensas prerrogativas.
Posible es, Padre mio, que
yo os pida una cosa que no
me sea conveniente, y esto
es efecto de mi ignorancia;
pero no es posible que me
dejéis sin consuelo en mis

necesidades; sí, yo no quiero que hagáis mi voluntad, sino la de Dios, pues si lo que pido no es á su mayor honra, gloria y provecho de mi alma, nada quiero, sino en todo tiempo vuestra amistad y proteccion. Si trabajos, si enfermedades y disgustos es lo que me conviene en la vida, yo los recibo con el mayor placer por ser voluntad de Dios, y solo os pido me alcancéis su santísima gracia para sufrir resignado y alcanzar en la eternidad el premio, que es á lo que aspiro. Amen.

DIA PRIMERO

Santísimo José, aquí me tenéis postrado á vuestras plantas y muy confiado de vuestro patrocinio; siento que en mi pecho nace una lisonjera esperanza al invocaros, porque estoy convencido de vuestro poder y valimiento con el Altísimo; porque sé que son infalibles vuestros ruegos unidos con los de vuestra purísima Esposa María, y porque sé tambien que tenéis deseos en favorecer á vuestros devotos. Pues bien; llevadme de la mano hasta el trono de

vuestro santísimo Hijo y decidle: «Este que ves aquí me ha invocado, se ha valido de mí en sus penas, y yo quiero aliviárselas: él no se levantará de tu presencia, yo no me retiraré de este lugar sin haber conseguido lo que deseo en bien de mi devoto; acuérdate, Hijo mio, de las aflicciones que en el mundo tuve cuando fuiste servido encargarme tu cuidado, y no me niegues lo que solicito». ¡Ah! No podrá negarse á este ruego; os concederá lo que le pidáis, Santo mio, y yo volveré á

tener la felicidad que perdí,
y todos mis días serán de re-
gocijo teniendo á vos en mi
favor y amparo. Amen:

*Padre nuestro, Ave María y
Gloria Patri.*

JACULATORIA

Sírvanos de guía y luz
En nuestra necesidad
La inagotable bondad
Del dulcísimo Jesús.

Padre nuestro, Ave María, etc.

Sea toda nuestra alegría,
Sea todo nuestro consuelo,
La medianera en el cielo,
La inmacula María.

Padre nuestro, etc.

Se acabarán, bien se ve,
Nuestras penas y dolores

Teniendo por protectores
A Jesús, María y José.

Padre nuestro, etc.

*Luego se dirá la oracion que
va puesta al fin para todos los
dias, con lo que se concluye.*

DIA SEGUNDO

*Hecho el Acto de contricion,
se dirá la oracion primera y
luego la siguiente*

ORACION

Glorioso Patriarca: yo,
que soy el más grande pe-
cador, necesito de vuestro
Hijo la más grande miseri-
cordia; rogad por mí y no
me desechéis; ved que os
invoco, ved que os suplico

que no me retiréis de vuestra presencia sin consuelo; nada soy, nada valgo, nada merezco; pero tengo que alegar en mi favor vuestras propias virtudes y las de vuestra Esposa María; os tengo que recordar que el Salvador derramó su sangre preciosísima por mí, y que, aunque indigno, soy criatura suya. Si vos os interesáis por mí, y haceis esto presente al Omnipotente, nada me faltará, y quedarán remediadas mis necesidades; así lo creo, así lo espero lleno de fé, y muy consolado

queda mi corazon esperando que con vuestra intercecion santísima, seré feliz en esta vida y en la otra, como lo espero. Amén.

Padre nuestro, etc., como el primero, y se concluirá con la oracion puesta al fin.

DIA TERCERO

¡Oh amabilísimo José, Padre putativo felicísimo del Salvador del mundo! Yo no cesaré de alabaros ni de confiar en vuestro patrocinio, ni cesaré de invocaros hasta el último instante de mi vida, y pedir que roguéis por mí. No despreciéis mis

oraciones, aunque tibias y sin fervor; suplid mi devocion, iluminad mi entendimiento, fortaleced mi corazon en las virtudes, y dadme todo aquello que sea necesario para el bien de mi alma, juntamente con el socorro y amparo de mis necesidades; ya vos las sabéis; no tengo para qué repetirlas, y mejor que yo sabéis lo que me es más conveniente y necesario. No hagáis conmigo (os lo repito) lo que yo quiera, sino lo que más agradable sea á vuestro querido Hijo; no se haga en mí

ni en todas mis cosas sino la voluntad de Dios, para que en todo tiempo y á toda hora yo cante sus alabanzas en la tierra, y despues vaya á cantarlas en el cielo en vuestra compañía. Amen.

Padre nuestro, etc., como el primer dia, y se concluirá con la siguiente

ORACION

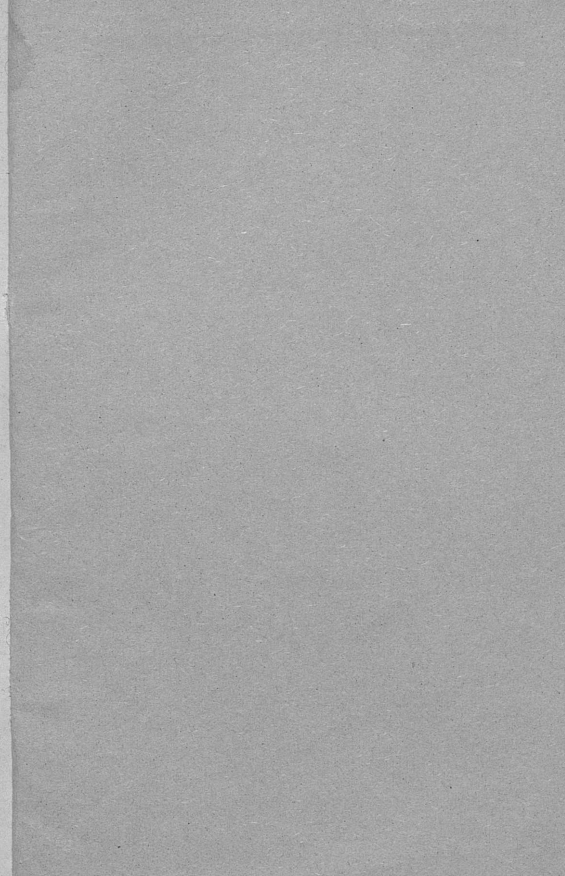
con que se finalizará todos los dias.

Ya estoy á los pies del dulcísimo José; ya estoy prostrado ante este felicísimo Patriarca, y ya nada temo; ¿ni qué podría temer teniéndole por abogado?... Vengan las

aflicciones, la orfandad, la enfermedad y la miseria, yo no os temo; impávido levantaré la cabeza en medio de los mayores infortunios. Nada podrán contra mí, porque José es mi refugio; las maquinaciones de mis enemigos para perderme serán destruidas; la lengua viperina del que injustamente me persigue, enmudecerá; al ladron se le frustrará el lazo que me tienda; el asesino no podrá levantar el brazo para herirme, y el aire corrupto y la peste no infestarán mi casa. Nadie, nadie podrá dañarme:

José es mi protector; José ha abierto los brazos para recibirme y salvarme; José va á hacer de mí un hombre nuevo; José va á borrar de mi las malas inclinaciones; José va á ser mi guía en el camino de las virtudes, y José, en fin, rogará á Dios por mí y yo seré salvo. Amén.







G 44496

SIFTE
DOMINGO